

Emancipación, voluntad de poder y autoridad política: una lectura educativa a través de los conceptos de la Filosofía de la Historia de Friedrich Nietzsche

El propósito de este artículo es analizar la actualidad y la relevancia de los conceptos de Nietzsche: Emancipación, Voluntad de Poder y Autoridad Política, aplicados al mundo de la educación. Para ello se tendrá en cuenta el planteamiento de Nietzsche sobre la enseñanza como medio para la liberación del ser humano, las relaciones de ésta con el mundo instintivo, la relevancia dentro de su pensamiento de la reencarnación como fundamento de la educación. Por último, se estudiará la formación de la voluntad y el poder político en la educación para la ciudadanía.

Palabras clave: Nietzsche, educación, ciudadanía, autoridad política.

Emancipation, Political Power and Authority: An Educational Reading throughout the Historical Philosophical Concepts of Friedrich Nietzsche

The purpose of this article is to analyze the currency and relevance of Nietzsche's concepts: Emancipation, Will to Power, Political Authority, applied to the education world. In this light, we will take into account Nietzsche's point of view about teaching as a means of liberation for the human being, also the importance of reincarnation as a basis for education, finally, the formation of the will and political power in education for citizenship.

Keywords: Nietzsche, education, citizenship, political authority.

Nc015

Miguel Rumayor

Profesor de la Escuela de Pedagogía.
Universidad Panamericana
Guadalajara (México)
mrumayor@gmail.com
mrumayor@up.edu.mx

1. INTRODUCCIÓN

No cabe duda de que aunque Jürgen Habermas se haya empeñado en difundir la validez del proyecto ilustrado y su aplicabilidad entre otras cosas al mundo educativo –y lo haya hecho en ocasiones con inteligencia y determinación, como lo fue en las disputas llevadas a cabo con los teóricos del postmodernismo, Jacques Derrida o Jean-François Lyotard–, parece que su esfuerzo no ha sido suficiente para acabar con las predicciones de Friedrich Nietzsche y la semilla vitalista por él sembrada.

Sin duda Nietzsche se vio a sí mismo como “educador de educadores” (Ginzo, 1999, p. 100), y unido a ello es el crítico más importante de la modernidad en la historia del pensamiento. Su agresividad contra la fragilidad del armazón racionalista es todavía un instrumento válido para cribar el pensamiento educativo de nuestros días, en donde, al igual que en tiempos del filósofo alemán, se da “la máxima *extensión de la cultura*, y, por otro lado, la tendencia a *disminuirla y debilitarla*” (Nietzsche, 1977, p. 29). Además, esta estructura se apoya en gran parte en la idea de sujeto trascendental y la inexistencia de sentido último del proyecto moderno y ha provocado una lenta deshumanización del hombre por medio de la muerte de la vida del espíritu.

Nietzsche también sirve para reclamar, como señala Thompson (2005), aspectos tan relevantes para la educación moral como la no-transparencia absoluta del “yo”. Sin embargo, está por verse si del conjunto de negaciones que vierte sobre el pensamiento ilustrado y la proclamación del vitalismo a ultranza que realiza, se pueden hacer surgir afirmaciones válidas en el tema de la educación para la ciudadanía de nuestros días.

De la enseñanza de la moralidad racionalista surgió una visión de la instintividad temerosa y opresiva. Tal vez porque Nietzsche advierte que la libertad tiene un componente muy grande de vitalidad, creatividad y espontaneidad, pretende emancipar a los alumnos de la cadena ilustrada. Por eso diferencia en las escuelas entre “instituciones para la cultura e instituciones para las necesidades de la vida” (Nietzsche, 1977, p. 133), otorgando en estas segundas a los instintos un estatus liberador.

No obstante, suprimida por él toda moralidad y noción de límite, y cualquier regla exterior a la corporalidad, no parece que Nietzsche resuelva el problema educativo de la regulación de los instintos entre sí.

En Nietzsche la historia se vuelve circular. Ahora el límite para el alumno quedará encerrado en el propio límite. La vida y la esperanza en ella se vierten sobre sí. De aquí nace también su entusiasmo por el budismo tan de moda en nuestra época. Al mismo tiempo, de ahí proviene también una circularidad pedagógica en la que el alumno es único maestro de sí, que conlleva la imposibilidad de existencia de autoridad en la educación para la ciudadanía.

La autoridad política en Nietzsche nace de su individualismo volitivo, como se tratará de explicar en estas páginas, y es contraria a una noción de sociedad estable. Por eso, con la primacía del superhombre proclamada por él, no se conseguirá nunca el desarrollo del equilibrio social ni siquiera en la visión subjetiva de ese ser supuestamente libre, cuya moralidad es fundamentalmente auto-glorificación (Nietzsche, 2003b).

2. LA REBELIÓN EN LA POST-MODERNIDAD: LA ENSEÑANZA DE LA MORALIDAD COMO VALENTÍA

Vivimos en la post-modernidad anunciada y anhelada proféticamente por Nietzsche. Tal vez no es exactamente como él la concibió, pero es un hecho innegable que la Ilustración, desde hace ya algún buen tiempo, no da para más. La modernidad está agotada. Así, el problema no consiste tanto en la gran crisis que ha producido la racionalización primero y la instrumentalización después de todos los aspectos de la realidad humana, sino más bien en la pérdida de sentido de las cosas, tal como lo anunció el filósofo alemán. La finalidad ha muerto desde arriba hacia abajo y no al revés. Por eso, también en el mundo educativo, el problema de la post-modernidad en la que nos hallamos, no está en el sinsentido de las estructuras racionales que crea, sino en la pérdida de sentido del conjunto que atesora. La razón ha muerto y nos ha dejado su apestoso cadáver: el tedio vital. En Nietzsche, detrás de la debacle histórica de la razón, brota la voluntad como única fuente de sentido.

Ante tan incómodo difunto, Nietzsche proclama la necesidad de virar cuanto antes hacia una verdadera voluntad que será entendida, desde ahora, como la única forma de dominio sobre el tiempo presente: “tenemos *que* conocer hasta qué *punto somos los creadores de nuestros sentimientos de valor*, –y por lo tanto *podemos* poner ‘sentido’ en la historia [...]” (Nietzsche, 2006, p. 184).

Así, para Nietzsche no mandará la racionalidad temporal, ni el orden, ni la sistematización, elementos fundamentales en la idea espiritual educativa del *Bildung*, contrarios a la creación y conservación

NOTAS

EMANCIPACIÓN, VOLUNTAD DE PODER Y AUTORIDAD POLÍTICA: UNA LECTURA EDUCATIVA A TRAVÉS DE LOS CONCEPTOS DE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA DE FRIEDRICH NIETZSCHE

del genio (Esteban, 1994, p. 156), por medio de la democratización de sus derechos (Nietzsche, 1977, p. 56), sino la voluntad de ser vida intensamente vivida. Radicalidad en su doble acepción: como vuelta al origen, a la *radice*, a la raíz de las cosas, y como fundamento último de actuación: la voluntad alzada en vilo.

Ésta actuará gracias a la fuerza que posee para apoderarse del instante. El genio nos redime del presente (Rodríguez, 2008). La voluntad es aquello que puede apresar el momento, el *hic* y el *nunc*, el aquí y el ahora, que se encarnará en ese heroísmo sobrehumano que Nietzsche demandara a los más capacitados, a los de excelsa moral, al superhombre. Esto es lo que dibuja el peculiar perfil aristocrático de su filosofía educativa (Ginzo, 1999, p. 101), debido a que “la naturaleza como tal destina a un desarrollo cultural auténtico sólo a un número extraordinariamente pequeño de hombres [...] para promover felizmente el desarrollo de ellos es suficiente también un número bastante limitado de hombres” (Nietzsche, 1977, pp. 102-103).

Así, junto a la debacle de la Ilustración, Nietzsche niega la metafísica, arrasa con todo lo que no sea pura actualidad, presente vital, y por eso ignora esencialmente la capacidad que posee la razón de conocer la verdad de las cosas. Para él, el mundo, el único posible, la vida, sólo puede ser entendido, al igual que Schopenhauer, como pura representación. Tal representación no tiene nada que ver con el concepto platónico de imagen de otro mundo. En Nietzsche la representación es siempre fruto del sinsentido y la arbitrariedad que sólo la voluntad individual ordena, llevando así por otro margen y hasta sus últimas consecuencias el subjetivismo intelectualista de la moral kantiana.

Por eso, para Nietzsche el arte dionisiaco es el único modo adecuado de experimentar la realidad. El arte es pura representación, farsa, fingimiento, ocultación, alabanza exagerada, encomio excesivo; eso es el ditirambo, en griego, *διθύραμβος* pseudónimo con el que se nombra a Dionisio. El arte va más allá de los principios del bien y del mal. Es, según Nietzsche, amoral, porque es pura vida y la vida nace de suyo liberada y extraña a los conceptos morales.

De esta suerte, con su crítica al racionalismo, en Nietzsche la reflexión y la profundización en la realidad que nos rodea tienen siempre un carácter limitador y moralizante. Por ello este filósofo odia la moral tradicional al ser racionalista y conllevar la negación de la vida. La moral en Nietzsche es siempre el invento de algunos pocos. Niega así que ésta sea integrante del crecimiento humano, porque tal crecimiento es sólo inherente a la voluntad de poder (Polo, 2005, pp.

120-121), el cual se asienta en la única fuente de la que puede surgir el “yo”: el puro instinto.

En el racionalismo, lo imprevisible tenía que ser combatido por nuestro Occidente decadente: lleva a la inestabilidad y atenta contra los mecanismos de creación culturales. Por eso es lógico que para Nietzsche la ética, como la hemos entendido hasta ahora, no puede nunca liberar. De esta suerte, la moral para este autor –si pudiéramos llamarla así–, lo que él considerará bueno, será desde ahora mantenida desde un constructo vital, basada en la afirmación volitiva. Tal afirmación se constituye como principio, al mismo tiempo de su perspectivismo moral, junto a la exaltación de la autenticidad pedagógica; ambos elementos serán necesarios, no sólo el primero como afirma Ramaekers (2001), y son los que vertebran su relativismo ético.

Por todo ello, existe en el pensamiento de Nietzsche una enorme desconfianza ante la ley. Es objeto de sospecha todo lo que tiene que ver con reglas, con religión, con la moral y la ciencia, porque para éste la fe en la ley es la consecuencia por parte de los inventores de la metafísica del temor ante el espíritu de la vida, ante la posible amenaza de lo arbitrario y lo imprevisible. La vida que brota sin límites. De ahí que considere la educación clásica como un sistema creado en beneficio de los mediocres.

Tal vez por eso Nietzsche elige el mundo pagano como ejemplo pedagógico de humanidad, porque considera que las divinidades que ahí se representan engendran con más claridad la voluntad de poder y la autoafirmación moral. Son divinidades valientes, crueles, en pugna, egoístas, voluntariosas, vengativas, que se guían por sus instintos y no reparan en nada, dejándose arrebatar por las fuerza de la vida. Según el autor alemán, los dioses paganos, frente al Dios cristiano –origen verdadero aunque olvidado de la moralidad ilustrada, que es paz, equilibrio, estatismo, estructura y origen de las virtudes gregarias–, muestran con sus agitadas vidas, de una manera mucho más conmovedora y encarnada, la tragedia y la verdad del ser hombre: “el arte trágico mostraría que hasta los aspectos más terribles y siniestros de la vida pueden ser afirmados y transfigurados –o sea, el sentimiento de poder–, y hacerse más fuerte” (Sánchez Meca, 2006, p. 168).

De esa manera, como observa McIntyre (1984, pp. 109-120), Nietzsche salta sobre la moralidad ilustrada y tradicionalista, de origen cristiano, creadora del socialismo, el liberalismo y la democracia, para caer en otra tradición mucho más antigua. Tratará de encontrar las virtudes heroicas necesarias con principio y fin en el propio ser

NOTAS

EMANCIPACIÓN, VOLUNTAD DE PODER Y AUTORIDAD POLÍTICA: UNA LECTURA EDUCATIVA A TRAVÉS DE LOS CONCEPTOS DE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA DE FRIEDRICH NIETZSCHE

humano, para convertirlo así en un dios mitológico tal y como se produjo en la antigua Grecia, más concretamente en la tradición homérica. Nietzsche cree que si la grandeza humana una vez se dio ésta tiene que ser posible en todo tiempo (Rodríguez, 2008).

Así, uno de los intentos de rebelión que se realiza en la post-modernidad nietzscheana que ahora vivimos consiste en asociar la moralidad a la juventud, expresión máxima del deseo de eternidad, de la vida. Aquí reside de modo ejemplar la afirmación Nietzscheana de la vida, donde se trata de “poder repetir lo que se ama, poder vivir de tal modo que se diga a cada instante: quisiera revivir esto eternamente” (Derrida, 1992, p. 154). Por ello, lo contrario de la juventud será la enfermedad, porque ésta limita la vida.

No obstante, el filósofo alemán no busca liberar al hombre del sufrimiento, no tiene las ansias redentoras que la Ilustración absorbió del cristianismo. Por eso este autor valora el dolor como algo inscrito y relacionado con la vida. Para él, el dolor está fundido a la resistencia que acompaña a la voluntad victoriosa.

Ésta es otra forma romántica, al igual que en Schopenhauer, de ver el sufrimiento, pero mientras que en este autor éste se torna en tristeza, en Nietzsche se aprecia como la prueba definitiva que el superhombre debe arrostrar para arribar a la afirmación irrestricta del propio ser. Así, en Nietzsche la moral de esclavos se basa en esa interpretación victimista del padecimiento, como en el pueblo judío primero o como en el cristianismo después. La moral, según él, busca por medio de la racionalización controlar, engendrando luego la cultura occidental, que exhibe y divulga por doquier la hostilidad hacia la vida de los fuertes.

Por otra parte, y en relación con lo señalado, Nietzsche afirma en Zarathustra la soledad como único medio de afirmación del propio ser, la cual será, junto a la cultura, un elemento fundamental para que la educación no se malogre (Ginzo, 1999, p. 123). La soledad¹ como sentido; el regreso del “yo” a su patria. Aunque paradójicamente tal soledad imperturbable en Nietzsche no se convierte en fuente de crecimiento sino de autodestrucción.

¹ “[...] nosotros somos los amigos natos, jurados y celosos de la *soledad*, de nuestra propia soledad, la más honda, la más de media noche, la más de medio día: ¡esa especie de hombres somos nosotros, nosotros los espíritus libres!, ¿y tal vez también sois algo de eso, vosotros los que estáis viniendo?, ¿vosotros los *nuevos* filósofos?...” (Nietzsche, 2003b, p. 44).

NOTAS

EMANCIPACIÓN, VOLUNTAD DE PODER Y AUTORIDAD POLÍTICA: UNA LECTURA EDUCATIVA A TRAVÉS DE LOS CONCEPTOS DE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA DE FRIEDRICH NIETZSCHE

De este modo, una razón muy importante en todo el pensamiento de Nietzsche es conjurar la ansiedad de una naturaleza débil y enfermiza, como era la suya, en permanente convulsión, en una constante batalla contra las propias limitaciones y enfrentada en soledad a la finitud del propio ser. Por eso esta intención se torna en la vida del autor en rebeldía y sometimiento al mismo tiempo. De ahí procederá el *amor fati*, el amor al propio destino: no querer ser nada diferente a lo que se es o a lo que se llegará a ser: “arrojado a tierra, vencido por el silencio, devorado por sí mismo, roído por todas las amarguras del dolor, no levanta jamás su mano para que el destino lo abandone” (Zweig, 2005, p. 241). Y también, junto con eso, el amor al dolor como afirmación de la vida presente y como negación del más allá. Todo ello fue confirmado existencialmente en la vida de Nietzsche por el hecho de que durante los periodos más intensos de sufrimiento tuvo sus mayores momentos creativos (Zweig, 2005, p. 257).

En este sentido, su crítica aquí también se dirige, primero y sobre todo, hacia el pensamiento burgués, el cual, por negar la vida, trata de erradicar cualquier tipo de padecimiento y tiembla ante la adversidad del destino. Y, en segundo lugar, hacia lo que Nietzsche juzga del pensamiento cristiano, vertebrado filosóficamente por el platonismo, origen del cristianismo, que según él en vez de apreciar en el sufrimiento afirmación de la vida lo ve como medio para la obtención de otra realidad, huir del presente², poder llegar al cielo.

Así, la bondad del dolor dionisiaco que nuestro autor defiende, radica en el deseo de arrostrarlo para poder llegar a vencerlo. Nietzsche entiende la moralidad como valentía. De esta forma, lo que certifica la bondad de una acción moral es, por encima de cualquier otra cosa, la personal determinación, porque: “cuanto mayor es el dolor a superar, cuanto más dura y difícil es la lucha, más profundo será el placer de superarlo” (Sánchez Meca, 2006, p. 174). De forma que el sentido del dolor sólo se encuentra en su posible superación. Pero

² “El decir sí a la vida incluso en sus problemas más extraños y duros; la voluntad de vida, regocijándose de su propia inagotabilidad al *sacrificar* a sus tipos más altos, –a eso fue a lo que yo llamé dionisiaco, eso fue lo que yo adiviné como puente que lleva a la psicología del poeta *trágico*. No para desembarazarse del espanto y la compasión, no para purificarse de un afecto peligroso mediante una vehemente descarga del mismo –así lo entendió Aristóteles–: sino para, más allá del espanto y la compasión, *ser nosotros mismos* el eterno placer del devenir, –ese placer que incluye en sí también el *placer del destruir* [...]” (Nietzsche, 2002, p. 5).

tendríamos que preguntarnos qué ocurre en Nietzsche cuando el dolor es invencible, cuando lo que hay tras el padecimiento sólo es la muerte segura, la vitalidad inevitablemente acabada, el fracaso sin paliativos de la vida de los instintos. Parece que para esto, fundamento último de todo lo demás, Nietzsche y su sistema no tienen respuesta: un dolor más fuerte que la vida no tendría en su vitalismo justificación posible. Tal vez por ello el suicidio sería la última valentía: afirmar furiosamente la vida para, a reglón seguido, aniquilarla totalmente, debido a que “al morir no me pasará nada, pues el eterno retorno se encarga de que vuelva” (Polo, 2005, p. 125). ¿Podríamos hablar de una sólida pedagogía social sobre la valentía cuyo fundamento último es la posibilidad de la fuga de esta vida por el suicidio?

3. IMPLICACIONES DE LO EDUCATIVO Y LO INSTINTIVO

El cuerpo, según Nietzsche, tiene una sabiduría intrínseca que es anterior y superior a la reflexión sobre el mismo, a nuestro saber consciente sobre éste. Por eso entiende que la decadencia de Europa proviene de la desconfianza en los instintos, sobre todo de entenderlos como elementos que sirven, siguiendo la lógica del realismo, más para un querer-*conservarse*, frente a lo que según él deberían ser: un querer-*crecer* (Nietzsche, 2004, p. 235). Tal decadencia es la que ha provocado el advenimiento del nihilismo. Por eso para Nietzsche, al igual que para Freud, el proceso de dominio sobre los instintos, la educación (Sánchez Meca, 2006, p. 127), tradicionalmente se ha orientado injustamente a la ocultación de lo pulsional como principio de vida y usa como instrumento la tiranía de la enseñanza de la moral.

De ahí que para Nietzsche la experiencia sensible, mediada por el uso de la voluntad, es la única forma posible de acercamiento a la realidad. Con tal voluntarismo creacionista se entiende que la experiencia no puede ser nunca conceptualizable, el concepto lo único que hace es crear una falsa generalización de la experiencia individual provocando que ésta pierda su carácter individual absoluto: “el prejuicio metafísico de las identidades sustanciales, construido y mantenido por los lenguajes europeos, funciona en combinación con el prejuicio moral, que quiere que el hombre bueno repita siempre y sólo la misma clase de acciones categorizadas como buenas” (Sánchez Meca, 2006, pp. 203-204).

En el sentido de la idea anterior, para Nietzsche la moral y la educación que la difunde son siempre hipócritas, porque están funda-

mentadas en sus modos, impuesta y generaliza por los usos comunes y las formas sociales, que son siempre ajenas a la inmediatez radical con la cual se enfrenta el individuo concreto a sus instintos. El hombre es, al igual que el animal, en su sentido más puro, hostil a la doma, al sometimiento, a lo que algunos llaman mejoramiento³.

Así, Nietzsche cree en el equilibrio de poder entre instintos, en un orden y una complejidad entre ellos a la que no podemos acceder ni tampoco entender plenamente. De alguna manera, la vida instintiva para este autor asume las reglas y presupuestos de la metafísica platónico-aristotélica, donde hay orden, relación, causalidad, equilibrio, etc. Tal vez, la mayor diferencia que exista entre estos instintos y el mundo de la metafísica es que en ellos se puede dar, frente a lo que ocurre en el mundo de las ideas, al estar insertos y dependiendo de la vida, la posibilidad de degeneración y atrofiamiento. Además, contradictoriamente, la ley fundamental que los ordena, la regla de racionalidad sin Dios que los aplaca, es el azar, el cual “favorece un desarrollo desigual de los impulsos alimentando unos y dejando que se debiliten otros” (Sánchez Meca, 2006, p. 152).

Por eso, frente a Nietzsche, se puede decir que la ordenación y la superación de lo instintivo sólo pueden darse por algo que es diferente a lo propiamente instintivo y vital. Un instinto nunca ordena otro instinto. Es utópico pensar, desde una óptica educativa, en “fortalecer ciertos instintos en detrimento de otros cuyo crecimiento debería ser frenado” (Sánchez Meca, 2006, p. 262). La educación no puede tener como objetivo la predominancia de un instinto sobre otro. Aunque aparentemente la meta final del proceso educativo, según la filosofía de Nietzsche, sea la búsqueda de la espontaneidad de la libertad, que dé como resultado el sano automatismo en el uso de la misma, ésta no vendrá dada ni regulada nunca por los instintos. En este caso, y contradiciéndose el propio Nietzsche, nunca podríamos

NOTAS

EMANCIPACIÓN, VOLUNTAD DE PODER Y AUTORIDAD POLÍTICA: UNA LECTURA EDUCATIVA A TRAVÉS DE LOS CONCEPTOS DE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA DE FRIEDRICH NIETZSCHE

³ “Tanto la *doma* de la bestia hombre como la *cría* de una determinada especie hombre ha sido llamada ‘mejoramiento’; sólo estos *termini* zoológicos expresan realidades –realidades, ciertamente de las que el ‘mejorador’ típico, el sacerdote, nada sabe, nada *quiere* saber [...]. Llamar a la doma de un animal su ‘mejoramiento’ es algo que a nuestros oídos les suena casi como una broma. Quien sabe lo que ocurre en las casas de fieras pone en duda que en ellas la bestia sea ‘mejorada’. Es debilitada, es hecha menos dañina, es convertida, mediante el afecto depresivo del miedo, mediante el dolor, mediante las heridas, mediante el hambre en una bestia enfermiza. –Lo mismo ocurre con el hombre domado que el sacerdote ha ‘mejorado’ [...]” (Nietzsche, 2002, p. 2).

hablar de la grandeza del super-hombre como pretende este autor, sino que en todo caso lo haríamos de la grandeza del super-instinto.

Por ello, no se puede, por una parte, como quiere el filósofo alemán, individualizar al hombre por medio de la exaltación de su voluntad y, por otra, despersonalizarlo gracias al engrandecimiento de una vida instintiva a la que el propio hombre, no siendo su protagonista por el uso de la libertad, es inevitablemente ajeno.

Además, frente a Nietzsche, en cuanto a la vida instintiva, el orden no es sólo imposición o sometimiento –si nos valemos de la crítica que Nietzsche realiza sobre la moral tradicional– sino también equilibrio. Así, el equilibrio interior en el ser humano no se logra por una tensa paz entre pasiones, más bien se alcanza por el uso proporcionado de la inteligencia y la voluntad sobre la vida instintiva, lo que Aristóteles denomina como dominio político.

Esto último lo vemos con claridad con una pasión que puede ser tan demoledora como el miedo. Si siempre nos entregáramos al miedo arrebatador, como propone Nietzsche, al ser algo relacionado con la elección de lo pasional-vital, no podríamos conseguir nada que sea más elevado que nuestro propio temor. Por eso la educación para la superación del miedo no se alcanza nunca por medio de otro instinto sino por el uso de la libertad. Es imposible superar el medio desde el propio miedo, o, dicho de otro modo, sin una concepción que defina con toda claridad qué es bueno temer y qué no, la cual convierta tal superación en una meta a alcanzar que merezca la pena, es decir, que sea buena por y para la existencia vital del alumno.

Frente a Nietzsche, se puede afirmar que la regulación de los placeres no es algo accidental a ellos sino que es implícita a éstos, y por tanto necesaria a los mismos. Criticando a Nietzsche podemos decir que el ser humano no es ni actúa nunca como un animal, debido a que no hay placer que temporal y circunstancialmente no se deba ordenar para vivir y usar en el caso concreto. Por eso, la moralidad, sea del tipo que sea, incluida la que defiende el propio Nietzsche, va unida a cualquier decisión sobre los propios impulsos, debido a que hablando de instintos él mismo señala: “cuando todos quieren su satisfacción hay que pensar en un hombre de profunda mediocridad” (Nietzsche, 2006, p. 192). Por eso, desde nuestro punto de vista, con bastante lógica, se puede rescatar la perspectiva de la ética aristotélica para dialogar con Nietzsche, la cual dice que: “la praxis humana no consiste inmediatamente en la expansión natural de disposiciones naturales, como en los demás seres vivos, sino que en cuanto humana, toma la forma de arte (*tékne*), de método y, en ese cuadro, de elección deliberada” (Bossi de Kirchner, 1984, p. 250).

4. EL LÍMITE EN EL LÍMITE: LA REENCARNACIÓN COMO FUNDAMENTO EDUCATIVO

Nietzsche no admite la noción de límite, ni cuando habla de la vida humana ni cuando reflexiona sobre la educación y la libertad en general. Por ello, la educación para la instintividad en él está orientada hacia un enfrentamiento constante con lo que considera como prohibido para el hombre. De esta manera, elementos como la compasión o la castidad, propios del cristianismo, le parecen un obstáculo, hacia fuera o hacia adentro, para el desarrollo humano.

Así, la voluntad de poder hace pensar la historia como una recia línea que el superhombre dibuja con su vida. Pero es una raya que, al carecer de principio y de fin, busca tornarse sobre sí misma en una absoluta curvatura, en la que cualquier forma de alteridad quedará eliminada –el otro, lo otro, los otros– y que en consecuencia alumbrará la idea del eterno retorno. Como consecuencia, “negamos los fines últimos: si la existencia tuviera uno tendría que haberse alcanzado” (Nietzsche, 2006, p. 165). Por eso, y en relación con esto último, este autor inserta el tiempo en todas sus dimensiones en la vida física del hombre: el medible por la ciencia y el tiempo espiritual imposible de encerrar en un dato numérico. Este último está relacionado con la experiencia personal sobre la propia libertad, como explica Henri Bergson con su concepto de *duration*.

De esa manera, usando la circularidad del eterno retorno, lo que hace Nietzsche es cerrar al hombre sobre sí. Ahora la esperanza se encuentra atada a la propia vida. El tiempo es una realización-desrealización constante, en el cual el ser humano puede dar cuenta de sí plenamente. La otra vida no será ya vida sobrenatural sino otra vida, la de otro ser futuro. Por eso la visión sobre el eterno retorno y el tiempo humano tiene en Nietzsche, al mismo tiempo, como señala Polo (2005), un carácter ontológico y consolador.

En este sentido, el budismo con su idea de reencarnación se muestra como la religión perfecta para el ser humano. Por una parte es una religión sin Dios, es decir, no re-liga más que al hombre con sus propias energías, consigo mismo, y por otra le hace superar la batalla⁴ de

NOTAS

EMANCIPACIÓN, VOLUNTAD DE PODER Y AUTORIDAD POLÍTICA: UNA LECTURA EDUCATIVA A TRAVÉS DE LOS CONCEPTOS DE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA DE FRIEDRICH NIETZSCHE

⁴ “La inmortalidad personal es una suposición suficientemente ilógica y descabellada para seguirla. ¿Pero no es más razonable batallarla tanto, y con maniobras tan violentas?” (Nietzsche, 1984, p. 15).

la condena a la eternidad, la cual habría arribado hasta ahora con la propia muerte, en un trágico escenario de deshumana sumisión sobre el que la voluntad sucumbe al carecer de control.

De esta manera, el budismo tal y como se vive en occidente, o lo que es igual, su recomposición en la versión occidental e individualista del mismo como es el *New Age*, es un asidero, un intento de volver a una moralidad sin moralidad, a una ética voluntarista sin imposiciones externas. Un bálsamo para la propia conciencia, pero esta vez libre de la adulteración de los Mandamientos y los preceptos morales. De esa manera, con la idea de hacerlo desaparecer, el límite quedará inserto en el propio límite, en la naturaleza física. El perfeccionamiento, la educación, el crecimiento, el desarrollo como persona, se encuentra ahora de principio a fin en el ser humano, y después, cuando llegue la muerte, en la reencarnación en otro ser.

De esta última idea también se deriva forzosamente la necesidad de Nietzsche, tan común en la postmodernidad de nuestros días, de atenta observación de los animales; de lo que ellos nos pueden enseñar, en una naturaleza pura, libre de artificios metafísicos, y, también, de lo que aprendemos reflexionando sobre cómo los tratamos: “todavía puede observarse la génesis de la moral en nuestro comportamiento con los animales. Cuando no entran en consideración provecho y perjuicio, tenemos un sentimiento de completa irresponsabilidad; matamos y herimos por ejemplo insectos o los dejamos vivir y habitualmente no pensamos absolutamente nada al hacerlo” (Nietzsche, 2003a, p. 350).

5. LA VOLUNTAD PERSONAL COMO ÚNICO MAESTRO

Vamos viendo que Nietzsche siempre avanza en círculos espirales hacia sí mismo. Toda su filosofía es un eterno girar una y otra vez sobre su vida y pasiones; por eso, “cuanto más huye de sí más se aproxima a sí” (Zweig, 2005, p. 294) en una visión a la par vitalista y de fugitivo ante la propia vida (Nietzsche, 1984, p. 27). Tal vez también por ello, por la reflexión nacida de su propio devenir, el sentido de autoridad que tiene este autor nunca podrá tener un carácter social ni comunitario.

Los libros de Nietzsche están destinados a incrementar su propia independencia heroica del mundo “la independencia siempre existe sólo en el mundo, en lo singular, y no puede multiplicarse con el número, no crece con los libros y con la educación” (Zweig, 2005, p. 335). Por ello, a la postre, la autoridad educativa será en Nietzsche

NOTAS

EMANCIPACIÓN, VOLUNTAD DE PODER Y AUTORIDAD POLÍTICA: UNA LECTURA EDUCATIVA A TRAVÉS DE LOS CONCEPTOS DE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA DE FRIEDRICH NIETZSCHE

sólo la propia voluntad en tensión hacia la autosatisfacción, la cual se da por medio de un proceso que se pretende emancipador y que nunca anula el *quizá*, la pura posibilidad como principio total, del que nace en este autor cualquier desarrollo verdadero de libertad. Aunque paradójicamente Nietzsche entiende la existencia humana como unicidad impenetrable –nadie puede penetrar en nadie–, nos podríamos preguntar: ¿quién y cómo podrá escapar de sí mismo?

Así, la genealogía en Nietzsche, la reconstrucción y la destrucción después del origen de esa moralidad impositiva, va dirigida al descubrimiento del origen de las fuerzas que determinan el poder. Cada fuerza, también la fuerza política, la autoridad, tiene su origen en una pulsión. Es tal vez por eso, por la fundamentación de lo social en lo instintivo, que el concepto de autoridad en Nietzsche tenga siempre que estar asociado a la jerarquización extrema; las tendencias de las voluntades de los ciudadanos, al igual que ocurre con los instintos del individuo, no pueden crear un equilibrio armónico. De ahí que la lucha y la selección formen parte sustancial del sistema político proclamado por este autor.

De la confrontación emerge la supremacía de una sola voluntad, al igual que ocurre con las fuerzas que jalonean la propia vida. En un momento dado ocurre que una fuerza dominante otorga un sentido “a las otras fuerzas en función del juego de dominación propio de los afectos en lucha” (Sánchez Meca, 2006, p. 123). Aparece la voluntad del superhombre que domina, integra, y asimila poderosamente la voluntad de los otros.

En este sentido, educativamente más que hablar de una formación de la voluntad con un origen y meta determinados, bajo los presupuestos de este autor, podemos hablar de un desenvolvimiento cuasi-físico de la misma. La idea que tiene Nietzsche de voluntad de poder elimina toda suerte de alteridad, de la voluntad del otro, de su intención. De esta forma se produce la imposibilidad de existencia de una obediencia social equilibrada y la consiguiente exaltación del sometimiento. Lo volitivo es un elemento clausurado y perfecto, relacionado y acotado a lo instintivo. Por eso, la voluntad en este autor sólo puede ser auto-afirmación. Los otros no tienen sentido en el ensanchamiento de mi voluntad, no puedo desarrollar mi libertad con la ayuda de nadie.

Se entiende que sea aquí tan difícil ubicar la figura del maestro, debido a que implícitamente Nietzsche niega el estado de carencia del educando y su estado de indefensión. Por eso odia al cristianismo, forjador del nihilismo europeo, intoxicador de los instintos pa-

ra reducirlos a rebaño (cfr. Sánchez Meca, 2006, p. 111), éste proclama el valor que tiene el ser humano de absoluta necesidad de los otros y de Dios. Además, ante la educación y la autoridad se plantea una problemática que Nietzsche difícilmente puede llegar a resolver. Ésta sería: el hombre está necesitado de otros hombres, porque tiene carencias y necesidades, y de ahí la necesaria existencia de la autoridad educativa, o, por el contrario, no necesita de nadie para llegar a estar educado, o a ser libre –que vendría a ser lo mismo–, ya que su voluntad se encuentra perfectamente emancipada y la autoridad educativa carecería de todo sentido. Si seguimos la filosofía de Nietzsche, el que detenta la autoridad educativa ni siquiera en los primeros años de vida del niño tendría su existencia justificada.

De ahí que sea imposible hablar en Nietzsche de la valoración de la figura del maestro. Una vez que se niega la existencia de la verdad teórica, como hace este autor, tampoco puede haber ningún mediador, representante, guía, etc., hacia la misma. Si la verdad es representación, el representante de la verdad, como podría entenderse al maestro, es también representación, es decir mentira sobre mentira. La autoridad, a no ser la de la propia “voluntad de poder”, es inexistente.

6. PODER POLÍTICO, EDUCACIÓN Y LIBERTAD

En Nietzsche, también en relación a la vida política, existe la pasión y el deseo por lo heroico; por ello la filosofía en torno al poder político está construida entre otras cosas frente a la burguesía y su estable y acomodada escala de valores. Como hemos dicho, el filósofo alemán reacciona con violencia frente al estatismo de la modernidad, que no ha contribuido a la emancipación del hombre sino a su domesticación y sometimiento bajo las imperturbables estructuras burguesas, las cuales serán llevadas a cabo por medio del Estado moderno (Ginzo, 1999, p. 105). Ésta ha sido, para nuestro autor, la función del poder político: crear “el tipo de hombre necesario a la economía, el individuo estandarizado y gregario, es decir, el trabajador rutinario que obedece como esclavo sin protestar” (Sánchez Meca, 2006, p. 188).

Así, la política es para Nietzsche energía vital modelada, canalizada. Al igual que la creación artística, la ciencia y la cultura son para él lenguaje cifrado del cuerpo (Sánchez Meca, 2006, p. 145). Por esto también la sublimación de los instintos es tan importante en la formación de una persona, debido a que se busca: “una reeducación de los instintos en vistas a su saneación y sublimación” (Sánchez

Meca, 2006, p. 232). Nietzsche sustituye el término *Erziehung* (educación como formación intelectual y moral) por el de *Züchtung*, que es un vocablo que alude a la cría de animales y al cultivo de plantas. De esta manera, la historia de la educación en este autor es en cierta forma la historia de la domesticación, por medio de la moral, de unos sobre otros. La moral, impuesta a través de la educación, actúa como fuerza de sometimiento sobre las energías naturales, reprimiendo lo más natural, lo más propio del ser humano. Es, en definitiva, el único camino que puede seguir la política, que llevaría a una suerte de espiritualización de las pasiones y que será alcanzado sólo por “ascetismo de los fuertes”.

Dado lo anterior, debido a que la naturaleza dionisiaca conlleva en Nietzsche una permanente afirmación del presente como única fuente de sentido, la autoridad política, el Estado, no podrá actuar nunca como elemento de cohesión entre el pasado y el futuro. Para Nietzsche la nostalgia y la melancolía, fruto del historicismo, son destructivas, acaban con la vida. Así, la figura de autoridad que trata de rescatar lo pasado impone, limita, reprime y es fruto y consecuencia de la moral de esclavos. Por eso Nietzsche niega el nacionalismo: éste afirma el pasado olvidando la naturaleza humana entendida como puro presente.

En Nietzsche no existe la posibilidad de referirnos a un pasado estable de leyes y tradiciones, valores encarnados en la patria y susceptibles de ser vividos por cada ciudadano. Hace falta mirar al futuro; esa es la tarea de la voluntad de poder. Sobre el pasado no puede actuar nunca la propia voluntad para construir. Lo ocurrido es ya pasado. Éste es el deseo del filósofo alemán: diseñar la política por medio de una voluntad que pretende ser esperanza y por-venir.

Además, en lo político nuestro autor niega la igualdad entre los ciudadanos, la considera un resabio del dogma cristiano. De esta suerte, la unidad social, que se materializa en elementos como la cooperación y la lealtad en la construcción de la ciudad, no estaría, desde la óptica del pensador alemán, fundamentada en un concepto metafísico de bien, ni tampoco de pueblo, raza o cultura, entendidos éstos como “comunidad natural”, procedente de una idea invariable y concreta de naturaleza humana. Consistiría, más bien, en una vinculación emocional, fruto del “sentimiento ‘natural’ de pertenencia a un ‘nosotros’ históricamente procedente de un mismo origen y, por tanto, como unidad singular de destino” (Sánchez Meca, 2004, p. 235).

NOTAS

EMANCIPACIÓN, VOLUNTAD DE PODER Y AUTORIDAD POLÍTICA: UNA LECTURA EDUCATIVA A TRAVÉS DE LOS CONCEPTOS DE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA DE FRIEDRICH NIETZSCHE

Es decir, en un contexto nietzscheano, la unidad socio-política en la educación no viene dada por la reflexión sobre los valores comunes del mundo del espíritu, sino sobre los elementos comunes del mundo de la vida. Un ejemplo de esto sería la unidad de Europa, que se alcanzará no por una referencia a lo natural, a lo que debe ser según una raíz, sino por la praxis que “sólo puede ser el mismo funcionamiento democrático de las instituciones que se den a sí mismas el que vaya creando la conciencia común de una Europa internamente diferenciada” (Sánchez Meca, 2004, p. 261).

Por lo dicho, no podemos decir de ninguna manera que Nietzsche apoye un sistema pedagógico que mantenga la democracia y los valores de igualdad sobre el “yo” que ésta difunde (Fennell, 2005). El Estado, también en lo educativo, debe dirigirse únicamente al servicio de los mejores (Ginzo, 1999, p. 115).

Así para Nietzsche la sumisión a una autoridad política –se incluye aquí la educativa–, tiene siempre como finalidad el sometimiento a una moral impuesta y, como resultado, la supresión de la voluntad individual de los alumnos. En este sentido, Nietzsche considera a la democracia como heredera del cristianismo. En ella, al igual que en esa religión, se da una especie de igualación de los hombres en dignidad, origen y posible desarrollo, lo cual este autor rechaza radicalmente. La democracia es el sistema político que sirve como paraguas a la “moral de rebaño”, a la mediocridad de los espíritus pequeños. Por tanto, la educación democrática, o la educación de la ciudadanía tal y como se entiende en nuestros días, es para el filósofo alemán una forma de perpetuar todos los males de Occidente. Por ello, existe en él la esperanza de que, frente a tanto borreguismo del europeo moderno, pueda triunfar una clase de hombres superiores; por eso comenta: “He querido decir: la democratización de Europa es a la vez un organismo involuntario para crear *tiranos*, –entendida esta palabra en todos los sentidos, también en el más espiritual” (Nietzsche, 2003b, p. 242).

7. CONCLUSIÓN

Como se ha ido explicando, uno de los problemas políticos en relación a la democracia, que se plantea a partir del pensamiento de Nietzsche, es que no se puede afirmar infinitamente lo propio sin acabar con lo ajeno. De aquí proviene también el odio que este autor demuestra a la piedad, concepto clásico basado en el agradecimiento, de tanto valor en la construcción de lo social, que tiene como una de sus formas más exactas el respeto a la debilidad ajena. Es

decir, no es compatible subrayar la voluntad de poder y la voluntad propia, y tratar de reconocer la existencia de la voluntad de otro ser humano –necesaria para conformar la comunidad–, la cual Nietzsche, también en lo educativo, confunde con la masa (Rodríguez, 1986, p. 419). Esto será, tarde o temprano, motivo de conflicto social.

En este sentido la observación de Nietzsche es clara “cuanto más aumenta el sentido de unidad con el prójimo, tanto más uniformado el hombre, con más fuerza siente como inmoral toda indiferencia. Así se forma necesariamente la arena de la humanidad: todo demasiado igual, demasiado pequeño, demasiado aburrido. Hasta ahora, el cristianismo y la democracia han conducido lo más lejos posible a la humanidad en el camino hacia esta arena” (Nietzsche, 2004, p. 135).

Desde nuestra óptica, en la política práctica de una democracia, podemos decir que hay dos tipos de unidad y dos pedagogías derivadas de ésta. Una es la que se consigue por medio del referéndum, en la que, en la mayoría de los casos, hay una minoría que debe de ceder ante el voto del resto. Aquí la unidad es, si sólo se entendiera de esta forma, deficitaria; sólo los que ganan la votación se quedan satisfechos con el poder. Sin embargo, hay otro concepto de unidad superior, que es aquélla que se alcanza cuando los ciudadanos tienen un elevado concepto de bien común. En Nietzsche la unidad nunca se logra, no existe el bien común. Entonces, la pérdida de un referéndum, por ejemplo, no se ve como una parte del juego democrático: entonces el ciudadano sigue sintiendo que su voluntad, que es lo único que importa, no se llevará a cabo en ese momento y tal vez nunca, por lo que no se verá como parte implicada en el proceso de la construcción social.

De esta manera, en Nietzsche la violencia educativa se confunde con el poder. Es cierto que, tanto política como educativamente, no puede existir verdadero poder sin la posibilidad de ejercer algún tipo de violencia. De lo contrario ese poder no sería poder. Sin embargo, frente a Nietzsche no parece que sea adecuado confundir poder con violencia. Por ejemplo, existe un poder que no es propia o directamente violento como es el poder de la *auctoritas*, de la autoridad. Tal poder no necesita de otra agresividad más que la que puede ejercer sobre la conciencia cuando ésta se dirige hacia sí misma. La violencia de la verdadera autoridad política en educación no es destructiva. No humilla ni rompe a la persona interiormente, sino que la hace partícipe de sus decisiones por un sometimiento que está mediado,

NOTAS

EMANCIPACIÓN, VOLUNTAD DE PODER Y AUTORIDAD POLÍTICA: UNA LECTURA EDUCATIVA A TRAVÉS DE LOS CONCEPTOS DE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA DE FRIEDRICH NIETZSCHE

si es autoridad sana, por la propia libertad de la persona que se somete.

Lo dicho anteriormente se llevará a cabo por una acción mediada por el desarrollo en el educando del amor a lo social. Gracias a éste la persona se siente participe de ese poder justo y democrático. Si alguna vez la autoridad educativa produce sufrimiento –puede darse al acoplarse una voluntad diferente a la propia y requerir de alguna forma limitar el yo–, padecimiento siempre moderado y necesario frente a lo que piensa Nietzsche, terminará por reportar estabilidad interior a la persona y a la comunidad política dentro de la democracia.■

Fecha de recepción del original: 07-01-2008

Fecha de recepción de la versión definitiva: 01-07-2008

REFERENCIAS

- Bossi de Kirchner, B. (1984). El concepto aristotélico de 'eudaimonía'. *Ethos*, 12-13, 247-281.
- Derrida, J. (1992). *Points de suspension*. Paris: Galilée.
- Esteban, J. E. (1994). Póstumos del joven Nietzsche (1870-1874) acerca de la idea de 'Bildung' (formación). *Philosophica Malacitana*, supl. 2, 155-163.
- Fennell, J. (2005). Nietzsche contra 'self-reformulation'. *Studies in Philosophy and Education*, 24(2), 85-11.
- Ginzo, A. (1999). Política, educación y filosofía en F. Nietzsche. *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*, 104 (abril-junio), 87-135.
- McIntyre, A. (1984). *After virtue*. Indiana: Notre Dame Press.
- Nietzsche, F. (1977). *Sobre el porvenir de nuestras escuelas*. Barcelona: Tusquets.
- Nietzsche, F. (1984). *Mi hermana y yo*. Buenos Aires: Edad.
- Nietzsche, F. (2002). *Crepúsculo de los ídolos*. Madrid: Alianza.
- Nietzsche, F. (2003a). *El paseante y su sombra*. Madrid: Siruela.
- Nietzsche, F. (2003b). *Más allá del bien y del mal*. Madrid: Alianza.
- Nietzsche, F. (2004). *Fragmentos póstumos sobre política*. Madrid: Trotta.
- Nietzsche, F. (2006). *Fragmentos póstumos (1885-1889) (Vol. IV)*. Madrid: Tecnos.
- Polo, L. (2005). *Nietzsche como pensador de dualidades*. Pamplona: EUNSA.
- Ramaekers, S. (2001). Teaching to lie and obey: Nietzsche on education. *Journal of Philosophy of Education*, 35(2), 255-268.
- Rodríguez, M. L. (1986). Elementos para una pedagogía nietzscheana (I). *Revista de Filosofía*, IX (enero-junio), 37-48.
- Rodríguez, M. L. (2008). *El filósofo como educador*. Extraído el 25 de junio de 2008, de: <http://www.hypernietzsche.org/static/mrodriguez-1/1/>
- Sánchez Meca, D. (2004). *El nihilismo*. Madrid: Síntesis.
- Sánchez Meca, D. (2006). *Nietzsche. La experiencia dionisiaca del mundo*. Madrid: Tecnos.
- Thompson, C. (2005). The non-transparency of the self and the ethical value of 'bildung'. *Journal of Philosophy of Education*, 39(3), 219-233.
- Zweig, S. (2005). *La lucha contra el demonio*. Barcelona: Acantilado.

NOTAS

EMANCIPACIÓN, VOLUNTAD DE PODER Y AUTORIDAD POLÍTICA: UNA LECTURA EDUCATIVA A TRAVÉS DE LOS CONCEPTOS DE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA DE FRIEDRICH NIETZSCHE